

CIUDADES Y VILLAS DEL BAJIO COLONIAL

LUIS GONZALEZ

El Colegio de Michoacán

Alejandra Moreno Toscano no hace mucho que llamó la atención sobre el carácter peculiar de la vida urbana del Bajío novohispano. Claude Bataillon hace poco que demostró la utilidad de comprender en el Bajío todos los valles y llanuras de la depresión del Lerma, desde Acámbaro y Querétaro hasta Guadalajara. Por mi parte, me he puesto a contemplar, al través de muy dispares testimonios históricos, doce ciudades y villas abajeñas, incluso algunas que ejercieron sin título de villa o ciudad, y he procurado descubrir el común denominador de tal docena y su diferencia específica respecto al género próximo que es el mundo novohispano. Las poblaciones seleccionadas para el estudio fueron, en orden de aparición en la escena histórica, Acámbaro, Querétaro, Guadalajara, Valladolid, San Miguel el Grande, Santa Fe de Guanajuato, Celaya, Zamora, León, Irapuato, Salamanca y Salvatierra. Los puntos de comparación o variables tenidas en cuenta fueron relieve, clima, suelos, aguas, antecedentes prehispánicos, fundación, demografía, índole económica, modos y relaciones de producción, ocio, cultura y actitud frente al movimiento de independencia de 1810-1821.

Basta recorrer las carreteras México-Guadalajara, en camino de ida por Querétaro, Celaya e Irapuato, y en camino de regreso por el sur de la laguna de Chapala, Zamora, Zacapu, Morelia, Acámbaro y Maravatío para

darse cuenta de la uniformidad del medio geográfico de las ciudades abajeñas, menos Guanajuato: altura sobre el nivel del mar entre 1580 y 1980 metros; temperamento que tira más a caliente (sobre todo en los veranos) que a frío (no obstante que nunca faltan las heladas negras del invierno); muchos días de sol y pocos de nubes y de lluvias; abundantes terrenos pantanosos; un gran río que serpentea en el fondo del valle mayor y numerosos afluentes que bajan de las sierras y de los valles circundantes; inundaciones frecuentes y más de una vez devastadoras según pudieron atestiguarlo León en 1637, 1762 y 1803; Irapuato en 1746; Guanajuato en 1780 y 1804; y Zamora temporal tras temporal. Como quiera, suelos fertilísimos que han hecho prorrumpir en exclamaciones como éstas: "Mesopotamia mexicana", "ejemplo de fecundidad bien admirable", "planicie rica que produce frutos de Europa y de los trópicos".

A la llegada de los españoles ni la apariencia ni la experiencia del Bajío correspondía a su ser fértil y poblado de ciudades, villas y lugarejos. El capote vegetal hecho de gramas, cactus y mezquites aquí; tulares y plantas pantanosas allá; encinos y aún pinos en las alturas no revelaba mayor riqueza. La población rala, desnuda, salvaje y bronca solo merecía de los pueblos civilizados de los tres valles del Anáhuac el epíteto de chichimeca o raza de perros sarnosos e inciviles. El Bajío estaba poblado de pames, guamares, guachichiles, tecuexes, y otras naciones de gentes encueradas y sin hogar que comían vainas de mezquite, tunas, conejos, popochas, víboras y ratas; bebían agua-miel y pulque; manejaban admirablemente el arco y la flecha; sabían tender trampas, correr como venados y atacar como fieras; gustaban poner un pie en el cogote de la víctima mientras arrancaban la piel de la cabeza y eran expertísimos cazadores, capadores y empaladores. El *milieu* chichimeca parecía que iba a ser lo último que apetecieran los hombres blancos, barbados y vestidos de hierro.

Con todo, tres coyunturas bien conocidas precipitaron la entrada de los españoles y sus aliados indios en la zona: el descubrimiento de minas en Zacatecas y Guanajuato entre 1546 y 1555, el desalojo de los alrededores de la capital de la ganadería española y la necesidad de proteger las tierras recién conquistadas por los capitanes Cortés y Guzmán de las incursiones de los bárbaros. Por la última razón, en el decenio de los veinte se hizo la congrega de los pueblos de indios de Acámbaro y Querétaro, y en los días del virrey Mendoza, de dos ciudades españolas: Valladolid para contener los desmanes de la "gente bárbara", metida en "quebradas y montes" próximos, y la última Guadalajara, que a poco de nacer puso a los cazcanes "como ganado puesto en estampida". Por las presiones del virrey Velasco para que la ganadería española desalojara el centro, donde causaba muchos males en las sementeras de los indios, algunos ganaderos, al frente de sus rebaños, cayeron a los valles chichimecas donde había "muchos pastos fértiles", y a donde se les dieron en merced sitios o estancias de ganado mayor y menor. Por último, el descubrimiento de las minas de Zacatecas y Guanajuato produjo aludes de hombres como los que siglos después irían a las arenas auríferas de California, y un trajín como de película del Oeste que hizo necesarias la fundación de la villa-fortaleza de San Miguel el Grande en el decenio de los cincuenta, y sobre todo la traza de las villas dispuestas por el virrey Henríquez: Celaya en 1571, Zamora en 1574, y León en 1576.

La primera vida urbana del Bajío, la de los dos últimos tercios del siglo XVI, quedó marcada por el trajín de ganados y ganaderos que iban y venían de Querétaro a las ciénegas de la laguna de Chapala; la fiebre argentina que empujaba ríos de gente hacia Zacatecas y que hacía en el estrechísimo valle de Guanajuato multitudes anhelantes, asesantes, temblorosas, ansiosas de salir de pobres, y el espíritu bélico de españoles, otomíes, purépecha, mexicanos, negros, pames, guachichiles, guamares; y tecuexes

que se trabó en una guerra de cuarenta años (1550-1589) entonces descrita por Gonzalo de las Casas y recientemente recreada por Felipe Powell.

Al concluir la guerra chichimeca, sobreviene el mal llamado siglo de la depresión económica y demográfica. Las poblaciones que habían conseguido romper las barreras de la urbanidad desde la etapa anterior se mantuvieron urbanas a lo largo del siglo XVII, pero sin mayores progresos demográficos; así Guanajuato, Querétaro, Valladolid, y Guadalajara con alrededor de cinco mil habitantes cada una. A raíz de la paz chichimeca se fundaron nuevas congregaciones (Irapuato, Salamanca y Salvatierra) que como las demás del Bajío, fuera de las cuatro grandes, no pasaron en el XVII de ser rancherías con menos de mil vecinos.

La vigorosa urbanización del Bajío es un fenómeno del siglo XVIII o siglo de las luces que bien pudo llamarse de los alumbramientos. El estirón demográfico se produjo en toda la Nueva España dieciochesca a contrapelo de las devastaciones acarreadas por un par de hambrunas (1750 y 1785) y por un par de epidemias; en dondequiera aumentó la gente pero en ningún sitio como en el que nos ocupa. En otras regiones de la Nueva España, el alza de la población produjo rancherías. Sólo en el Bajío engendró ciudades. Por la cuantía de la población se forman tres tipos de congregaciones citadinas; las de primera (Guanajuato, Querétaro, Guadalajara y Valladolid) llegan a hospedar entre 20 mil y 50 mil habitantes; y las de segunda (Celaya, León, San Miguel y Zamora) devienen villas de 9 mil a 20 mil habitantes; y las de tercera sobrepasan el número de los cuatro mil habitantes sin llegar a nueve mil. Como se lee en el libro de Claude Morin, el Bajío alcanza en el siglo XVIII un desarrollo urbanístico que supera, con excepción de la metropolitana, a todas las demás regiones.

Es propiamente en el siglo de la ilustración cuando

las ciudades y villas abajeñas adquieren la fisonomía que las hará célebres: claridad que permite ver lejos y hacer brillar la cara de las cosas. Fuera de Guanajuato que es el desorden y la estrechez urbana, lo característico de la urbanística abajeña es la sujeción a un plan, el dibujo previo, la traza rectilínea y rectangular, al modo de tablero de ajedrez, según el molde ideado por la antigüedad helénica; las calles anchas, rectas, limpias, soleadas y alegres, la mayoría de los edificios de baja estatura, de muros exteriores pulcramente encalados, con patios interiores anchurosos y de corte andaluz, con corredores de finas columnas y macetas, macetas y macetas; plaza mayor grande, y circuida de numerosos templos sobresalientes del conjunto por lo recio y alto de muros y techumbre, por las enormes cúpulas y por las torres altas y flacuchas; conventos y casonas de buen ver hacia el centro de la población y jacales de adobe y de cara triste hacia las afueras. Quizá sin el contraste del cinturón triste, la ciudad del Bajío no hubiese llegado a tener el aspecto alegre que la caracteriza; quizá sin las noches tan oscuras y propicias para robos, cuchilladas y apariciones de difuntos, la ciudad del Bajío no se vería tan clara.

La ciudad abajeña y dieciochesca refleja una economía pujante y un reparto desigual de las ganancias. En el siglo XVIII y en el Bajío, la explosión económica aventajó a la demográfica y urbanística, rara vez por la aventura en nuevos negocios, casi siempre por el desarrollo veloz de las tareas tradicionales: ganadería vacuna y caballar (ganadería mayor) y ovina y porcícola (ganadería menor); agricultura del trigo y del maíz tan próspera que le acarreó a la canoa abajeña el título de granero de la Nueva España; minería de Guanajuato; menos internacionalmente conocida que no menos valiosa, la industria artesanal: obrajes textiles de Guadalajara, Celaya, Querétaro, Valladolid, Salamanca, Zamora y San Miguel; talabarterías de San Miguel, León y Valladolid; molinos de harina de todas partes y azúcares y dulces de las poblaciones si-

tuadas al sur del Lerma), y el comercio al través de la arriería. En el siglo de las luces, pese a lo agüetado de la zona, el Bajío se hizo de una red caminera caminada por recuas de mulas y transportes de mayor fuste y ruido como los carros que rodaban por los caminos mayores de los reales de minas (por Querétaro y San Miguel) y de Guadalajara (por Querétaro, Celaya e Irapuato). Es un lugar común la función abastecedora de carnes, granos y manufacturas que desempeñó el Bajío, primero en las plazas mineras del Occidente, del Centro Norte y del Norte, y enseguida, además en la metrópoli novohispana. La actividad mercantil de los centros urbanos del Bajío se desarrolló sin haber procreado instituciones financieras y comerciales desarrolladas.

La prosperidad del siglo de las luces fue muy singular; se produjo en moldes institucionales un tanto insólitos sobre todo para mentes del viejo mundo: la hacienda, la esclavitud, el peonaje, el obraje, la arriería y otras formas de propiedad y trabajo que han sido últimamente contempladas por David Brading y Claude Morin. Como en la generalidad de la Nueva España, las mercedes originales de tierra (sitios de ganado mayor y menor y caballerías de sembradura), concentradas en pocas manos, se volvieron latifundios y haciendas. Como fue lo común en la Nueva España, en el Bajío, aparte de los señores hacendados, hubo al principio indios de guerra, y al principio y después negros acarreados de Africa que padecieron los rigores de la esclavitud. Como en toda la Nueva España, también se dieron en los valles del Lerma los fenómenos del peón acasillado, del peón temporalero, de las servidumbres por deudas, de la aparcería, del arrimo y de los arrendamientos de tierras.

Lo distintivo de la vida regional consistió en el uso desmedido del caballo y en el invento y la práctica de la charrería, en el modo como se desarrollaron algunos ocios y diversiones, en la fisonomía de ciertas costumbres

que andan en busca de autor, y sobre todo, en la manera como se satisfizo en el Valle de los Chichimecas una vez vuelto Bajío una de las dos necesidades primarias del hombre. Quizá en ninguna otra parte de México cayó tan rápidamente el muro racial como aquí. Fuera de pocos señorones empeñados en mantener la palidez de la raza de mármol, lo común en la zona parece haber sido un amplio comercio con las razas de bronce y de ébano que confluyeron en ella desde el siglo XVI, un no hacerle el fuchi al matrimonio con personas de distinto tinte, un intercambio erótico (casi siempre dentro de las cauces legales) que produjo el mestizo mentado en tantas canciones, los ojos negros de las tapatías y los bigotes de aguacero de los charros.

Sobre las mezclas, junturas y revolturas raciales durante la época colonial ya existe alguna investigación seria pero sobre la vida relajada y recogida no parece que haya mucho. La prosperidad del siglo XVIII dio rienda suelta a vicios como los de la embriaguez y el juego, y a virtudes como la de los ejercicios religiosos y la vida conventual, vicios y virtudes que bien merecen una resurrección histórica y literaria. Esta fue una tierra de garitos y conventos franciscanos; en la mitad de los centros urbanos hubo casas de jesuitas y de agustinos; aquí y allá, hubo conventos de carmelitas, dieguinos, religiosos de San Juan de Dios, mercedarios, felipenses, betlemitas y dominicos; en las ciudades mayores abundaron las monjitas de varias órdenes religiosas y en dondequiera proliferó la especie de los sacristanes y las ratas de sacristía. La región está esperando una Josefina Muriel que desentierre las virtudes de monjes y monjas y una Anne Staples que descubra la cola del diablo en la vida conventual.

Otra cara del Bajío novohispano y dieciochesco poco conocida, es la de la crianza y educación de niños y jóvenes. En medio de una nación que no se distinguía por

el impulso educativo, la docena de ciudades y villas del Bajío parece que se distinguió por la cuerda concedida a escuelas, colegios y seminarios. Antes de que las autoridades de la última etapa colonial mandaran abrir escuelas de primeras letras en todos los pueblos, las poblaciones de los caminos México-Guadalajara ya tenían en gran medida ese tipo de planteles y otros: colegios franciscanos dondequiera, colegios de jesuitas en Guadalajara, Guanajuato, León, Celaya, Valladolid y Querétaro; colegio agustino en Salamanca; colegio de niñas en Irapuato; colegio del Oratorio en San Miguel; seminarios en Guadalajara, Valladolid y Querétaro, y la flamante Universidad de Guadalajara desde 1791.

La vida en las aulas se ha estudiado poco no obstante que de ellas salió un fenómeno extremadamente estudiado: la guerra de Independencia. Aun los historiadores de la onda materialista reconocen el puente tendido entre la vida académica novohispana del siglo XVIII y la vida bélica que condujo a la separación de España. Y aun los historiadores capitalinos aceptan que el mentado puente se construyó casi del todo en el Bajío, en las aulas de jesuitas y oratorianas. En buena medida la escasez de investigaciones sobre edificios escolares, maestros y alumnos, métodos pedagógicos y amplitud de la enseñanza se compensa con los abundantes estudios salidos del seminario del doctor José Gaos, ahora conducido por Andrés Lira, acerca de la introducción dieciochesca de la filosofía de los ilustrados en España y en México, de las dos etapas ideológicas del pensamiento en el siglo de mayor esplendor autóctono de la Nueva España, de la filosofía moderna del zamorano Benito Díaz de Gamarra, de las renovaciones mentales propuestas por el también abajeño Diego José Abad, y por Francisco Javier Clavijero, catedrático en Valladolid y Guadalajara y de las luces encendidas en el obispado de Michoacán por los obispos San Miguel y Abad, por el doctor José Pérez Calama y aun por las autoridades civiles que desplazaron en 1787 a va-

rias de las anteriores. A las ciudades del Bajío al través de sus colegios y de sus asociaciones de amigos del país les cupo la suerte de encabezar la lucha contra la filosofía anquilosada y de introducir, sin extremismos, los aires de renovación filosófica, los métodos de la razón y de la experiencia.

También le correspondió a la abajeñía el poner en práctica antes que nadie en el Nuevo Mundo la filosofía de las luces, el conducir la nueva mentalidad a la resolución de los problemas políticos, económicos, sociales y artísticos. En ninguna otra parte como en los centros urbanos del Bajío se llevó a tal extremo el reajuste del aparato administrativo y fiscal del gobierno español: la acción de la Acordada, nacida precisamente en Querétaro, contra el bandolerismo; el reclutamineto de regimientos de dragones y batallones de infantería; la sustitución de la "ruinosa plaga" de los alcaldes mayores corruptos por intendentes (Valladolid, Guanajuato y Guadalajara) y subdelegados; la hechura, por las nuevas administraciones de informes, mapas, censos, caminos, puentes, cárceles y demás mejoras advertidas por el doctor José Miranda en alguno de sus trabajos. También hay indicios de una mayor racionalidad en los negocios abajeños a partir del esparcimiento de la "ilustración", así como de un menor respeto a costumbres que el padre Gamarra catalogó como errores del entendimiento humano. Está a la vista de quien recorra los centros urbanos del Bajío el furor con que se puso en práctica el derrumbe de espléndidas y cálidas construcciones barrocas en Querétaro, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, y la construcción de espléndidas y frías moles neoclásicas. Una lucha que se dice capitaneada por el celayence Francisco Eduardo Tresguerras hizo leña los retablos barrocos pero también construyó el Carmen de Celaya, algunos palacios de mineros ricos, numerosas arquitecturas de Salvatierra, León, Zamo-

ra y Valladolid y los altares de mármol de claridad y armonía clásica que se ajustan bien al paisaje del Bajío, quizá mejor que los retorcimientos barrocos.

Si las nuevas del siglo de las luces cundieron tanto y llegaron a tan magníficos corolarios en ciudades y villas de la región que nos ocupa, fue por otra peculiaridad dieciochesca de la vida urbana del Bajío: su amplia relación con el exterior. Quizá sólo Veracruz, Jalapa, Puebla y México estuvieron mejor comunicados entre sí y con el exterior en tiempos de la colonia que las doce ciudades abajeñas, a donde llegaban con regularidad manufacturas, lujos e ideas de lo más granado de la Nueva España y de lo más conspicuo de Europa y aun de Asia, y de donde salían regularmente, cueros y ropas hacia los reales de minas, y hacia la metrópoli del reino, y plata a la Península. Además, como a ninguna otra parte, llegaron a las ciudades del Bajío ríos de españoles de los de habla recia.

Precisamente por su múltiple vida de relación con la península y los peninsulares y por tratarse de una relación de dominador a dominado, ninguna comunidad como la abajeña fue tan sensible a los malos modos de los gachupines y tan anhelante del México independiente. Desde los últimos días del siglo XVIII cada uno de los centros urbanos del Bajío se convirtió en nido de conspiradores desde 1810, cada una de las ciudades, villas y lugarejos de la cuenca del Lerma produjo miladas de insurgentes que se arremolinaron alrededor del cura Hidalgo, o en torno al amo Torres; que se fueron ora con Don Marcos Castellanos, ora con Albino García; que pelearon unas veces con el padre Morelos y en otras con el licenciado Rayón. Cada sitio poblado del contorno abajeño le tomó la palabra a don Agustín de Iturbide y proclamó con gritos y sombrerazos la independencia de México. De aquí que hayan merecido los valles abajeños el bien ganado título de matriz y cuna de la patria mexicana.

La vida urbana del Bajío fue hija de la guerra chichimeca del siglo XVI y madre de la trifulca patriótica del siglo XIX; estuvo en un tris de fallecer recién nacida por la culpa de la depresión minera del siglo XVII y ya madura, por lo doloroso del parto de la independencia. Quién no sabe que las entradas de Hidalgo, Calleja, García, Cruz y demás caudillos de la emancipación o de la sujeción a las poblaciones de San Miguel, Salamanca, Irapuato, Guanajuato, Celaya, Valladolid y anexas provocaron miles de difuntos y sobre todo huídas masivas. Según se dice, la revolución de independencia le dejó a Valladolid solo 3 000 de sus veintitantos mil habitantes. Con muy pocas excepciones, quizá únicamente con las de León y de Guadalajara, las dos ciudades de refugio de aquella guerra, los centros urbanos del Bajío estuvieron a punto de quedar reducidos a la condición de Troya o de Teotihuacan, en grave riesgo de ser deshabitadas y convertirse en pasto de arqueólogos o historiadores de la escuela positiva, del positivismo histórico.

Como el Bajío fue vida humana y sigue siéndolo, sólo a título de aproximación, y siempre con gran riesgo de ser desmentidos, podemos atribuirles a las doce muestras urbanas que sirven de base a estas páginas las doce características siguientes: 1) Fundación radical de casi todas que no mera yuxtaposición sobre asentamientos urbanos previos como sucedió en la mesoamérica mexicana. 2) Toponimia basada mayoritariamente en toponímicos hispanos (Valladolid, León, Zamora, Salvatierra, Celaya, Salamanca, Guadalajara...) que no en nombres del lugar prehispánicos como en la mayor parte de México. 3) Crisol de las tres razas del orbe en mucho mayor escala y más cabalmente que en el resto de América. 4) Papel militar de la mayor importancia en dos ocasiones largas: la guerra chichimeca del siglo XVI y la lucha contra España dos siglos después. 5) Función productora de la trilogía alimenticia mexicana (maíz, trigo, frijol) para

los reales de minas y para casi toda la Nueva España en el siglo XVIII. 6) Función de principal procesadora o transformadora de fibras, pieles, ropa y arreos del virreinato. 7) Máximo campo de experimentación del reajuste político, administrativo y económico de la política "ilustrada" de Carlos III. 8) Exponente principalísimo de la vida conventual que siguió y sustituyó a la vida apostólica o misionera del primer siglo virreinal. 9) Cuna de varias costumbres que han llegado a ser representativas de la nacionalidad mexicana: charrería, posadas de noche buena, etc. 10) Papel de difusor máximo en el siglo XVIII del pragmatismo y el racionalismo de la corriente "ilustrada". 11) Caudillaje de la lucha contra el arte barroco y de la implantación de la arquitectura neoclásica. 12) Exponente sin par en la Nueva España de la vida peligrosa, precaria, zozobranante, bajo la amenaza sempiterna del agua, ya por las inundaciones, ya por las enfermedades de origen hídrico.